

Coeducar es preparar para la libertad

Nieves Blanco García
Universidad de Málaga

- **Educar reconociendo la riqueza de la diferencia sexual**

Decía María Zambrano que educar es preparar para la libertad, preparar a cada chica y a cada chico para que sea quien desea ser, para que "se despierte a la realidad en modo tal que la realidad no sumerja su ser, el que le es propio, ni lo oprima, ni se derrumbe sobre él".

A lo largo del siglo XX muchas mujeres (y algunos hombres) vieron con claridad que la escuela no estaba en condiciones de realizar esa tarea, primero porque las niñas no asistían a ella y, más tarde, porque lo que se les ofrecía era inadecuado. Inadecuado porque reproducía los patrones sexistas de la sociedad y reproducía un orden social jerárquico y discriminador. Así nació la demanda de coeducación, que si bien ha tenido un largo recorrido, se ha centrado en hacer posible una educación adecuada para las niñas (asumiéndose que la que se ofrecía a los niños sí lo era). Pero, ¿qué significa adecuado para las niñas? Durante mucho tiempo, la preocupación fundamental consistió en hacer posible que tuvieran acceso a la escuela; y, junto a ello, la lucha por hacer que la educación de las niñas no fuera un recurso para reproducir los estereotipos sexistas de la propia sociedad. Las dificultades en ese trayecto histórico han sido muchas y se han generado algunas confusiones: pensar que la escuela mixta podía ser

suficiente, y no cuestionar el modelo de educación existente (el que fue creado para los niños), y hacer pensar que lo que era adecuado para las niñas era lo que ya tenían los niños.

Del feminismo y de la política de las mujeres he aprendido que coeducar es educar a cada una y a cada uno según quien es, atendiendo a su diferencia, y que al hablar de coeducar la referencia son tanto las niñas como los niños, aunque de diferente modo. Y he aprendido, también, que el horizonte de la libertad, si es tal, no puede estar limitado; por tanto, coeducar, para las niñas no puede significar tomar como referente válido el que ya tenían los niños. Y para los niños, significa repensar el que tenían asignado (y que, más allá de que se pueda ver como más "ventajoso" que el de las niñas, no por eso deja de ser también un mandato, una imposición). Coeducar es educar fuera del modelo dominante, el simbólico patriarcal, no reconociéndolo como fuente de sentido; y eso significa que tanto las mujeres como los hombres hemos de pensar de nuevo, desde otros referentes, qué significa ser una mujer, ser un hombre, en el contexto histórico en el que vivimos.

¿Podemos ayudar a las niñas y a los niños a vivir, despertarles a la realidad, prepararles para la libertad, negando o dejando en la insignificancia el hecho básico que nos constituye, la diferencia primera sobre la que se asientan todas las demás? Coeducar es educar reconociendo la diferencia sexual como una fuente de sentido para la educación; reconocer y dar sentido a la evidencia de

que -por azar pero inevitablemente- nacemos al mundo mujeres y hombres. Algo que es una fuente inagotable de riqueza, como ya escribió Virginia Wolf: "Sería una pena enorme que las mujeres escribiesen como los hombres, o viviesen como los hombres, o parecieran hombres, porque si dos sexos son bastante insuficientes para la vastedad y variedad del mundo, ¿cómo nos las arreglaríamos con uno solo?". Una riqueza que está a nuestro alcance y que permite que la educación pueda atender a la singularidad de cada alumna y de cada alumno, reconociendo esa diferencia, que es irreductible (es decir, que no se puede eliminar) y que, por ello, no pide comparación ni busca confrontación.

Tenemos evidencia histórica de la dificultad de aceptar ese hecho, y de cómo negar la diferencia ha conducido a la creación de un orden simbólico (el patriarcado) que ha pretendido universalizar un supuesto neutro como si pudiera incluir a hombres y a mujeres pero que lo único que puede lograr es imponer a las mujeres el horizonte de sentido de los hombres. Así que coeducar significará intervenir, en todos los ámbitos de la vida escolar, teniendo en cuenta esa diferencia, dejando de actuar como si no significara nada, como si diera igual que quien educa es un hombre o es una mujer, o como si fuera indiferente tener delante a una niña o a un niño.

Es claro, entonces, que coeducar tiene que ver con los niños y con las niñas, pero dados los límites de espacio que impone este escrito, y los que derivan de mis conocimientos y mi experiencia, tomaré como referencia a las niñas y las jóvenes. Y, aunque toda la escuela, en todo tiempo, espacio y actividad, contribuye -o no- a esa educación adecuada para las niñas y los niños, me detendré en dos elementos centrales de la acción pedagógica:

lo que se enseña (y cómo se hace), y la palabra, que encierra en sí la posibilidad de nombrar (o no), de reconocer (o no) la existencia de las niñas y las mujeres en la escuela y en el mundo.

● Hacer cultura: Visibilizar y reconocer los saberes de las mujeres

¿La escuela se ha transformado para acoger los deseos, las necesidades, los intereses de las niñas y las mujeres? ¿Están en la escuela pero no aprenden sobre sí mismas sino sobre el mundo hecho a la medida de los hombres? ¿Enseñan las maestras y los maestros un conocimiento adecuado para las niñas, esto es, un conocimiento que recoja las aportaciones y el modo de estar en el mundo de las mujeres? ¿Siguen las maestras y los maestros enseñando un conocimiento que dice que las mujeres no han hecho nada reseñable, y que si lo han hecho, no importa? ¿Se les enseña y aprenden que ser mujer o ser hombres es indiferente, esto es, que da lo mismo, que es in-significante, que no significa nada?

Para ser libres, para poder decidir quiénes quieren ser, para encontrar su lugar en el mundo, las niñas y las jóvenes necesitan referentes. Necesitan apoyarse en una genealogía femenina, en mujeres que puedan ser modelos y referentes de autoridad femenina, porque han sabido y saben estar en el mundo desde la libertad, es decir, con un simbólico propio, con sus propios referentes de sentido. Esa es una tarea necesaria y urgente en las prácticas coeducativas.

Se trata de re-leer el currículo, la cultura que ponemos a disposición de las niñas y de los niños, para poder ver que han sido hombres y mujeres quienes han construido el conocimiento y, por tanto, que refleja sus modos de entender y de relacionarse con el mundo.

Es preciso incorporar el conocimiento generado por las mujeres, en todos los ámbitos (científicos, artísticos, tecnológicos, de gobierno, espirituales, de cuidado, privados, públicos, intelectuales, relacionales...), y hacerlo según sus propios criterios de valor: ligado a contextos de generación y cuidado de la vida, de transmisión oral y "encarnada", que vincula lo público y lo privado, la razón y los afectos... Esta es una labor compleja y requiere mucha valentía porque significa romper con unos moldes



muy estrechos, pero muy rígidos y muy consolidados. Y digo romper porque no es suficiente con "añadir" a las mujeres como si fueran un adorno, algo que se puede poner o quitar sin que el conjunto sufra modificación alguna. No, hay que ir más allá sabiendo que incorporar a las mujeres y su cultura tiene como consecuencia modificar todo el conjunto: su sentido, sus criterios de valor. Tal vez no de golpe, pero sí de manera radical, es decir, yendo a los fundamentos porque, de otro modo, lo que podemos estar haciendo es contrario a lo que pretendemos: reforzando un modelo que, así, queda justificado.

Una labor compleja pero posible, porque hay a disposición de las profesoras y de los profesores suficiente investigación que ha sacado a la luz el papel de las mujeres en todos los ámbitos de actividad humana, así como los saberes que han desplegado en los contextos de experiencia y participación en los que se han desarrollado. Una investigación que ha servido de apoyo para la elaboración de materiales destinados a la enseñanza, en los que se incorpora la presencia y los saberes de las mujeres como conocimiento valioso. Asumiendo que la actuación humana siempre es sexuada, se aleja de la epistemología tradicional que se apoya en una pretendida neutralidad, y puede recoger la presencia de las mujeres y sus contribuciones desde sus propios parámetros; es decir,

poniendo de manifiesto las epistemologías, los valores y los principios de acción que las mujeres han propuesto y proponen como formas apropiadas de estar en el mundo y de participar en su modificación. Una de estas formas "apropiadas" de estar en el mundo las mujeres es su preferencia por el saber de la experiencia, el saber contextual, en contacto con lo concreto; algo que cuando se traduce en materiales, facilita ofrecer lo que en otro lugar he llamado el "conocimiento encarnado", es decir, presentar el conocimiento ligado siempre a las personas, no desvinculado de

sus experiencias, sus necesidades. Ese vínculo, por otra parte, sostiene su capacidad pedagógica, la posibilidad de encontrar eco en la experiencia de quien lee, de quien aprende, de las alumnas y de los alumnos.

Hacer visibles, darles valor a las experiencias y los saberes que las mujeres han llevado y llevan al mundo y a la educación es reconocer autoridad femenina. Es poner a disposición de las niñas y las mujeres el caudal de conocimiento, con capacidad de hacer cultura, que es su herencia y en la que pueden apoyarse para crecer -ya sea aceptando, transformando o rechazando lo existente-. Y es un modo de enseñar la libertad a las niñas y a las jóvenes. Porque, como ya dijo con sabiduría una mística medieval, cada cosa se aprende con su igual, así que si queremos apoyar la libertad de

las niñas hemos de tener en cuenta -como señala M^{ra} Milagros Rivera- que ésta "no se alcanza estancándose en la opresión y en la miseria sino, solamente, con la libertad". Enseñar con ejemplos de libertad femenina, de mujeres que -a veces sin ser feministas o sin conciencia plena de la trascendencia de lo que han hecho- han sido fieles a sí mismas y han buscado el sentido en sí y en otras, en un orden de sentido propio que no copia ni repite el masculino, es una tarea necesaria para apoyar el deseo de otras mujeres y para darles medida en la búsqueda de lo que desean ser y de su relación con el mundo. Un mundo común, que desean compartir con los niños, con los hombres, contribuyendo a hacerlo más civilizado, más habitable y más humano.



¿Para qué puede servir a los niños, a los hombres, esta apuesta por visibilizar los saberes de las mujeres? Pienso que les da acceso a una visión más adecuada y más realista del mundo, del conocimiento y de otras formas de relacionarse con él; formas -en su mayor parte- no basadas en la fuerza y el poder sino en el reconocimiento y la confianza, en el amor. Conocer y reconocer los saberes de las mujeres puede permitir a los niños y a los hombres aprender de ellas, de lo que estimen que es valioso, y sobre todo, les puede dar un

referente de alteridad que está a su lado, que no es carente, ni dependiente, ni en relación de jerarquía, pero que tampoco quiere desplazarlos, ni quitarles nada. Lo que sería un hallazgo revolucionario para la convivencia, en el aprendizaje siempre difícil del vivir bien consigo y con las y los demás.

● Nombrar la realidad que existe

No se puede coeducar, educar de modo que se favorezca la libertad si a las niñas y a las mujeres no se las nombra. Hay que seguir insistiendo en la necesidad de nombrar la realidad, poniendo palabras a la existencia de las mujeres y de su experiencia: en la vida cotidiana de las aulas, en el patio, en las reuniones del claustro, en las comunicaciones a las familias, en los materiales escolares, en los documentos del centro. En todos los tiempos, espacios y ámbitos de la vida escolar.

No es posible educar en la libertad, coeducar, desde la negación de existencia que supone la exclusión del lenguaje, o lo que es lo mismo el ejercicio permanente de preguntarse si estás o no estás. Los argumentos se han expresado con claridad y desde hace mucho tiempo; sin embargo, es evidente la resistencia a cambiar unos usos que niegan o invisibilizan a las mujeres. Y en los últimos tiempos, me preocupa ver un incremento de las resistencias entre el profesorado (sobre todo profesores) a considerar la importancia de este aspecto. Conviene insistir que no estamos ante un asunto de corrección lingüística sino de adecuación epistemológica: es decir, se trata de que -con los recursos de que la lengua dispone- nombremos la realidad como es, sexuada, en masculino y en femenino. Si no lo hacemos, lo que está en peligro es la propia comprensión de la realidad, la capacidad

del lenguaje para decir la verdad sobre la realidad que nombra.

Las resistencias y las reticencias a utilizar el lenguaje, los recursos que nuestra lengua pone a nuestra disposición, para hacer visibles -sin ambigüedad- a las mujeres, son un símbolo de su capital importancia (bien lejos de los argumentos que pretenden soslayar el debate sosteniendo que, después de todo, se trata de una cuestión menor). Por el contrario, se trata de una cuestión política de primer orden, como bien ha señalado recientemente Ana Rubio: "Se llega a existir, o se existe, en virtud de la llamada del otro. [...] Si se es excluido de la llamada, del habla y de la comunicación, se es excluido de hacer-mundo y de hacer-sentido, dos elementos clave de la acción política."

Coeducar es intervenir políticamente, intervenir para que el mundo sea más vivible, más civilizado, más apropiado para desplegar las posibilidades de las mujeres y de los hombres que lo habitamos. Como he dicho al principio, he aprendido de una filósofa, María Zambrano, que educar es preparar para la libertad. Y de otra, Luisa Muraro, he aprendido que la libertad se puede crear; porque, dice ella, "de la libertad se suele hablar como de una conquista o como de un derecho, pero la libertad puede ser también mirada como una creación, para sí y para los demás, de posibilidades que antes no estaban y que ahora están". La educación consiste precisamente en crear libertad, en poner en el mundo posibilidades que antes no estaban. Una libertad que es femenina y es masculina según sea un hombre o una mujer quienes la crean y la viven; y una educación de la que somos responsables -de la que hemos de responder-, tanto las maestras como los maestros.

